

La apreciación de Mr. Jurien, apasionada y propia de un hombre que vé visiones, encontró gracia á los ojos de Napoleón, por halagar sus deseos. La ruptura, aprobada en Francia, fué obra de los franceses, según la expresa declaración del almirante que hemos copiado. Sobre este incidente llamamos particularmente la atención, en justa defensa del general Prim, sobre quien ha pretendido echarse tal responsabilidad.

Habló á su vez Mr. de Saligny, para recordar que el objeto positivo y principal de la convención de Londres, había sido obtener satisfacción de los ultrajes recibidos; y fundándose en que el reinado de las extorsiones, de la tiranía y de la violencia, se había hecho doblemente más odioso que antes, é intolerable la situación de los extranjeros, por estimularse la audacia del gobierno mexicano con la actitud de las fuerzas aliadas, declaró formalmente que no trataría con ese gobierno, y que su opinión formada con toda madurez, era que se debía marchar sobre México.

También á Mr. de Saligny comprende el cargo de haber suscrito los preliminares de la Soledad, si los consideraba contrarios á los fines de la triple alianza. Las nuevas inculpaciones al gobierno mexicano, cansan ya, y se resienten como todas, de vaguedad é incoherencia. Dos puntos son los que quedan averiguados: que no hubo fundamentos sólidos que alegar para la ruptura, y que ella fué efectuada única y exclusivamente por los representantes del emperador.

En la conferencia de que venimos hablando, explicó el general Prim satisfactoriamente el cambio de resolución notado en sus cartas de Marzo. Entre el 20 y 23 de ese mes, tuvo una conferencia con dos ministros mexicanos; y habiendo quedado satisfechas sus quejas, no podía ya racionalmente insistir en su resolución anterior. Para poner á prueba la sinceridad del gobierno mexicano, no había ya que esperar más que unos cuantos días. Era inexplicable la prisa que entonces corría á los que se jactaban de haber esperado treinta años. La verdad de las cosas es, que lo que se quería por parte de los comisarios franceses, era la caída del gobierno con que habían tratado. No cabe, pues, disculpa en la monstruosa inconsecuencia de Saligny y de Jurien.

Es tan poco lo que se cuida en el extranjero de imponerse de nuestras cosas, que en todo se cometen errores. Así al

hablar del Sr. Echeverría, lo llamó Billault, Ministro de Justicia de Juárez. Lo que si averiguó bien, fué que era tío de Prim, hecho que maliciosamente puso en conocimiento del Cuerpo Legislativo; y cuando observó el efecto de tan pífida insinuación, protestó con hipocresía que ni él, ni el emperador, querían decir nada ofensivo para nadie. De ser ese el verdadero propósito de ambos, el orador se habría abstenido de hacer mención de una circunstancia, que evidentemente llevaba por objeto dar á entender, que el marqués de los Castillejos había sacrificado á miras personales, el interés de España y la política europea. Tanto jesuitismo habría indignado á Pascal.

A impulsos del odio que el justificado comportamiento del caudillo español ha infundido á la corte de las Tullerías, se le acusa de inconsecuencia por haber obrado en distinto sentido en el caso de Almonte y en el de Miramón, á pesar de estar el segundo más comprometido en las disensiones civiles de México, y de ser su posición más notable, más marcada que la del primero. Cuando Miramón llegó á Veracruz, Prim se esforzó en que no fuera conducido á las Bermudas. Su conducta fué aprobada por su gobierno, el cual le recomendó que protegiera á todo el mundo indistintamente, é impidiera todo acto que pudiera aparecer apasionado ó violento. La acusación contra Prim se extiende hasta afirmar que echó en olvido las órdenes de su soberana.

El ministro Billault es poco feliz para las comparaciones. Los casos de Miramón y de Almonte son enteramente diversos. Una cosa es permitir ó impedir la entrada al país de una persona, y otra abrirla bajo un pabellón extranjero, otorgándole una abierta protección. Para que la comparación fuese exacta, se necesitaría una de dos cosas: ó que el conde de Reus se hubiese opuesto al desembarco de Almonte, después de consentir en el de Miramón bajo el pabellón español, protegiéndolo abiertamente, llevándolo con escolta de tropas españolas á los lugares sometidos al gobierno mexicano, en que se había concedido asilo hospitalario á las tropas extranjeras. Ninguno de los extremos de la disyuntiva es cierto. El general Prim sintió en el desembarco de Almonte, lo mismo que hubiera consentido en el de Miramón. Obró, pues, de conformidad con las instrucciones que le prohibían todo acto que pudiera parecer apasionado ó violento, sin que en su conducta se encuentre

inconsecuencia alguna. Lo que él reprochó y muy justamente, no fué acto alguno que él hubiera ejecutado, ó se propusiera ejecutar.

Billault insiste en la cuestión de Almonte, ya bajo el punto de vista mexicano. Defiende al gobierno imperial del cargo de haberle mandado para suscitar la guerra civil á la sombra del pabellón francés, recordando que llegó en una época en que, según la convicción de todo el mundo, debía estar ya alcanzado el objeto que se habían propuesto las potencias aliadas, y México en libertad de escoger un gobierno. Bajo este supuesto, se asegura que la intención de la Francia era que todos los ciudadanos mexicanos, cualquiera que fuese su opinión, expresasen su voluntad sobre el gobierno de su país, sin que de ese voto nacional fueran excluidos los que Juárez considerase como enemigos suyos. Napoleón ha incurrido en el error crasísimo, de creer que basta un soplo para derribar al gobierno constitucional que México se ha dado. Acaso la lección de Puebla habrá comenzado á disipar su preocupación. Los sucesos posteriores acabarán de convencerlo de la ingente vitalidad del actual orden de cosas, que es de tal naturaleza, que aun cuando las armas francesas triunfen en todas partes y ocupen nuestra capital, no por eso habrán conseguido su objeto. El gobierno constitucional seguirá viviendo, reconocido por el país entero. Los invasores no serán dueños más que del terreno que pisen. Lo más que podrán hacer, será establecer un gobierno de burlas, compuesto de traidores, pero no pasará de sueño lo de los grandes comicios abiertos bajo su protección, lo del voto nacional expresado bajo sus auspicios.

De tales consideraciones se desprende, que andaban muy equivocados los que daban por terminada la cuestión á la venida de Almonte. No podía estar concluida, aun cuando los aliados no hubieran entrado en pláticas de paz con nuestro gobierno, aun cuando no hubieran firmado los preliminares de la Soledad. Motivos había, pues, para creer que se suscitaba la guerra civil á la sombra del pabellón francés, y con tanta mayor razón, cuanto que Almonte no venía por su cuenta y riesgo, sino como enviado del emperador, después de haber recorrido las cortes Europeas como corredor de candidaturas monárquicas. Almonte se jactó sin ser desmentido, de contar la protección imperial. Almonte se hizo después á sí mismo jefe supremo no-

minal de la nación, y esta farza, y la expedición de sus decretos, y sus actos todos, han sido ejecutados á la sombra del pabellón francés.

Gran diferencia hay entre esto, y venir como uno de tantos ciudadanos, amigos ó enemigos de la autoridad constituida, á votar por determinada forma de gobierno.

Como si no hubiera pasado nada de lo que acabamos de relatar, afirma el orador que Almonte nada ha hecho, mientras ha permanecido al abrigo de la bandera de la Francia, y que más tarde, cuando se declaró la guerra, recobró su libertad, y ha obrado en el sentido de sus opiniones. Añade que hasta la ruptura se le había impuesto la mas completa inacción, y que ningún pretexto había dado para ella.

Luego que Almonte llegó al país, trató de hacer estallar uno de esos pronunciamientos militares á que ha sido siempre tan aficionado. La lealtad de uno de los jefes á que se dirigió, reveló la maniobra. Dióse por la prensa publicidad á sus planes, cuya autenticidad puso luego en evidencia, su identidad con los de los motines de Córdoba, Orizaba y Veracruz. Esto hizo el traidor desde el principio: tal fué la lealtad con que permaneció en la inacción que se le había impuesto, según Billault, quien ya verá si dió nuevos motivos para la ruptura.

Suponemos que nuestros lectores se habrán fijado en la frase: "cuando se declaró la guerra." Alto ahí, señor ministro sin cartera. La guerra no ha sido declarada, cometiéndose así uno de los atentados que más reprueba el derecho de gentes. La declaración ha venido en los proyectiles dirigidos contra los pechos de los soldados mexicanos.

De que Almonte hubiera obrado en el sentido de sus opiniones, ninguna responsabilidad resultaría á los franceses, siempre que no le hubieran prestado su apoyo. La decantada imparcialidad de la política de los invasores, ha sido desmentida con hechos innegables. En la batalla del 5 de Mayo, se contó con el auxilio de las gaviotas reaccionarias. En Barranca Seca, el 99 de línea las salvó de una derrota completa. Reaccionarios é invasores, han vivido desde entonces como compañeros de armas en una fraternidad que será el escándalo del mundo civilizado. Atentatorio como era el programa del gabinete imperial, podía pasar por sabio y justo, al lado del seguido prácticamente. Aquel recomendaba no inclinarse á favor de ninguno de los partidos en que está dividido



este infortunado país, consultar la voluntad del pueblo, aceptar el resultado del voto nacional.

No es esto lo que se ha practicado, sino al contrario, hacer una guerra á muerte al partido liberal, aliarse al conservador, permitir la erección de un simulacro de gobierno, en frente del reconocido por la República entera. La expedición francesa ha obrado en todo y por todo, en el sentido de las opiniones de Almonte.

Billault acusa á Juárez de haber querido aplicar al renegado la ley de 25 de Enero, sin embargo de que no era un proscrito ni estaba condenado; sin embargo de que había abandonado su país por su propia voluntad, y volvía á él esperando encontrar la libertad. Billault acusa al gobierno mexicano de que quiso arrestar al renegado en la misma ciudad de Veracruz, de que dió orden de aprehenderlo en unión de sus compañeros de traición, que se internaran en los Distritos de Córdoba, Orizaba y Tehuacan, poblaciones ocupadas por las fuerzas aliadas. Billault se escandaliza de que se quisiera hacer con Almonte lo que se había hecho con Robles, hombre respetado por todos, en este país en que muy pocos pueden merecer semejante elogio, y fué cogido á lazo como una bestia salvaje y fusilado inmediatamente. Billault pregunta si habrá quien se atreva á decir, después de semejante atrocidad, que la Francia debía entregar al general Almonte á tales monstruos.

Como Billault ignora lo que pasa en México, incurre en un nuevo error en lo que de Almonte dice. El desnaturalizado hijo de Morelos, era uno de los pocos, de los muy pocos exceptuados de la amnistía, por haber suscrito el tratado que lleva su nombre, asociado con el del embajador español Mon. Había conspirado, además, desde el momento que puso el pie en su país, al que no venía en busca de libertad, sino para servir de escalón para la monarquía del archiduque Maximiliano. Las leyes penales de la República le eran aplicables, y el gobierno estaba muy en su derecho al mandar aprehenderlo en poblaciones, que no por dar hospitalidad á los aliados, dejaban de estar sujetas á la obediencia de la autoridad constituida, y en las que era atentatoria la presencia de un enemigo mortal de aquella, amparado por un pabellón extranjero. Robles no fué cogido á lazo, como dice el presuntuoso orador, tan ignorante en la historia como en la legislación de México: fué aprehendido cuando iba á unirse con los invaso-

res, y juzgado con arreglo á las leyes vigentes.

En cuanto á que la Francia entregara á Almonte, Julio Favre replicó muy en su lugar, que no había dicho eso, sino simplemente que no debió conservársele entre las filas francesas, que debió volversele á Europa. Nosotros seremos igualmente explícitos. Tan lejos estábamos de creer que Almonte debió ser entregado por los franceses, que no vacilamos en proclamar que tal acción habría sido villana; pero de eso, á impartirle una escandalosa protección; de eso, á romper por causa suya con ingleses y españoles; de eso, á convertirlo en elemento de guerra civil; de eso, á consentir que á la sombra de la bandera francesa, se declarara por sí y ante sí jefe supremo de la nación, hay una diferencia enorme, un abismo de por medio.

Después de una homilia sobre la calumnia, refiere el orador, que en el ultimatum preparado por Mr. de Saligny, hay dos artículos principales: uno que valúa en doce millones de pesos los perjuicios causados á los franceses, comprendiéndose en ello la acumulación durante largos años, de infinitas extorsiones, violencias y pillajes; otro relativo al negocio de Jecker. Si respecto del primero la suma parece excesiva, una comisión francesa revisará á todas las reclamaciones, y no admitirá nada que no sea legítimo.

Para que Mr. Billault tenga dudas de la exactitud del monto de las sumas justamente debidas, se necesita que estén calculadas, como lo están en efecto, con una exageración escandalosa, en el ultimatum de Saligny. Seguros estamos de que en la revisión de las reclamaciones, practicada no por una comisión francesa, sino por una comisión franco-mexicana, que es lo que debe hacerse, el importe de ellas quedará reducido á la quinta ó la sexta parte de la cantidad en que se les ha hecho figurar. Tomamos nota de la declaración de que no se admitirá nada que no sea legítimo, y creemos poder declarar, á nombre de México, que cuanto resulte deberse, será pagado con la preferencia que siempre han tenido los créditos extranjeros.

La historia del negocio de Jecker se hace de este modo. A fines de 1859 y principios de 1860, Miramon era todavía presidente de México en la capital, y estaba aún reconocido por todas las potencias. Necesitando dinero como Juárez, y arbi-trándose ámbos recursos como podían, en el extremo de la pobreza, celebró un em-

préstico con la casa de Jecker, en virtud del cual, mediante una suma que debió serle entregada, y cuya verdadera cifra ignora Mr. Billault, pues las aserciones contrarias varían entre 750,000 y..... 3,000,000 de pesos, entregó por valor de 15,000,000 de billetes, pagaderos en las aduanas, y que debían ser admitidos por su valor íntegro, en la proporción de la quinta parte de las exhibiciones. Jecker debía pagar además al portador, un interés de 3 por ciento. Hubo franceses que se apresuraron á comprar esos billetes, y que tienen por lo mismo en el negocio un interés legítimo.

El estar Miramon reconocido por las potencias europeas, cuando se efectuó el empréstito de Jecker, se anuncia como circunstancia importantísima. Distingamos. La legitimidad de un gobierno no depende, ni puede depender de su reconocimiento ó desconocimiento por las potencias extranjeras. La delegación de la soberanía nacional, cuyo ejercicio se encomienda á determinados funcionarios, es un acto exclusivamente propio del país en que tiene lugar, de lo que se deduce que la fuente de la legitimidad no puede, no debe encontrarse en otra parte que en la voluntad del pueblo. La cuestión varía de aspecto, tratándose de las relaciones internacionales. Establecida la práctica, muy fundada por cierto, de reconocer á los gobiernos de hecho, porque así no se ingiere el extranjero en el crimen que no le corresponde de la validez de sus títulos, esos gobiernos obligan hasta cierto punto, con sus actos, á la nación en que subsisten. Las naciones que los han reconocido, adquieren derecho para ser atendidas por las justas reclamaciones que hagan á favor de sus súbditos.

Para edificación de Mr. Billault, como diría su compañero Thouvenel, lo sacaremos de Judas respecto de lo que verdaderamente entregó Jecker.

En dinero efectivo.....	\$ 618,927 83
En bonos comunes del 3 y 5 por ciento.....	342,900 00
En bonos Peza.....	30,000 00
En bonos Jecker (los de su contrato).....	24,750 00
En órdenes de aduanas.....	100,000 00
En vestuario.....	368,000 00
En diversos créditos y pagos.....	6,750 56
Total.....	\$ 1,491,328 39

En esta liquidación, formada por la tesorería general de la nación, hay que advertir, que computados los valores que no son de dinero, al precio de plaza, el desembolso en efectivo no pudo llegar á un millón de pesos.

Siendo Jecker suizo, el interés por parte de la Francia en este negocio, debe estar reducido al de los franceses tenedores de buena fé de los bonos emitidos. Entrar en arreglos sobre este punto, es cosa á que no dudamos se prestará siempre nuestro supremo gobierno.

Tenemos que consignar en este lugar un incidente gravísimo. Billault afirma, que con motivo del mencionado asunto, se había entablado ántes de la ruptura, una negociación con el ministro mexicano de relaciones exteriores en dos notas, del cual se reconocía perfectamente el principio de la reclamación, y aún se manifestaba disposición de acceder á ella, no obstante tratarse de la deuda de un gobierno caído, que empleó sus recursos en la lucha contra el gobierno de Juárez.

—Leed esas notas,—gritó Julio Favre.

—No! no! no las leáis, contestaron muchas voces.

—Parece que mi honorable contradictor no da fé á lo que yo afirmo,—replicó Billault. Me limito á afirmar que el ministro del Sr. Juárez reconoce el principio del crédito, y dice que se hará justicia, quedando solo por examinar la mayor ó menor cuantía de la suma debida.

No basta ciertamente que Mr. Billault afirme una cosa, para que sea creída. Su discurso abunda en tantas falsedades, que poco crédito merece su testimonio aislado. Pero prescindiendo del valor que darse deba á sus palabras, extrañamos que cuando en el curso de su peroración estuvo citando textualmente para todo las notas que han mediado en la cuestión, se limitará á una simple referencia.

En materias sometidas á la discusión del mundo entero, es obligatorio presentar los documentos originales, para que con su vista se forme el juicio correspondiente. Una mala inteligencia, un descuido casual, ó una malicia refinada, pueden hacer cambiar completamente el sentido de lo que se haya dicho.

No ponemos dificultad en que se haya ofrecido por nuestro ministerio de negocios extranjeros, tomar en consideración el escandalosísimo negocio de que se trata, para resolver lo que corresponda en justicia. Pero que haya mediado promesa de acceder á la reclamación, es cosa que



no solamente no creemos, sino que estamos autorizados para desmentir. El mismo Billault alteró la significación de lo que acabamos de aseverar, al convenir en que estaba por examinar la mayor ó menor cuantía de la suma debida. En ese monto está cabalmente el busilis, pues si bien en obvio de sus más grandes dificultades, se podrá acceder á dar algo, habrá que desecharlo en su mayor parte una reclamación relativa á un contrato de ágio, en que se quiso tener la enorme utilidad de catorce millones de pesos.

Prestandose una ganancia tan exorbitante á fuertes desembolsos, ha corrido con mucho valimiento la voz de que en el éxito del asunto estaban personalmente interesados Saligny, Gabriac y algunos de los personajes mas prominentes de la corte de Francia. De calumniosos ha tachado esos rumores el órgano del gobierno imperial, asegurando que el crédito será legalmente liquidado, como los demas, según las reglas de la justicia y de la equidad. También de esta declaración tomamos nota para su debido tiempo, abrigando siempre cierto temor de que esas reglas sagradas sean entendidas de una manera desfavorable para nosotros.

Como un nuevo cargo al general Prim, se llamó la atención del cuerpo legislativo sobre las frases de una carta del Sr. Doblado, escrita el 12 de Abril, en que se manifestaba el deseo de celebrar un tratado que llevara á su reina el caudillo español, como una prueba de las simpatías que ha sabido conquistar en México, con su conducta noble, recta y verdaderamente diplomática; y se daba á entender que en media hora se entenderían ambos plenipotenciarios, dando á los dos países un día de gloria con su reconciliación. También se leyó íntegra, sin que para ello hubiera la dificultad que para las notas de nuestro ministro de relaciones, la contestación del conde de Reus, aceptando la proposición.

En vano se afanan Napoleon, sus ministros, sus periódicos asalariados, en aglomerar cargos injustos contra Prim. México conoce todo lo que tiene que agradecerle. España aplaude su comportamiento. Inglaterra manifiesta su conformidad con una resolución, adoptada de acuerdo con su digno representante Sir Charles Wyke, y aprobada por el gobierno británico. Los Estados Unidos lo reciben con agasajos inauditos. Los hombres imparciales de las naciones desinteresadas en la cuestión, lo elogian sin reserva. La historia confirmará este juicio de los contemporáneos, lla-

mándolo campalido caballero y hábil diplomático.

No creemos del caso tomar en consideración las razones con que apoyó el orador, que no haya aprobado el gobierno inglés el tratado que celebró su representante.

Rota la triple alianza, queda la Francia sola y el emperador no se presta á retroceder. Mr. Thouvenel, en oficio dirigido á Saligny, y Napoleon, en carta particular al general Laurencez, insisten en la política que afirman haberse propuesto seguir desde un principio.

Tenemos siempre la constante aseveración de que solo se quiere la reparación formal de los agravios sufridos, y garantías de seguridad ulterior para los franceses. Se niega de nuevo que se quiera imponer un gobierno cualquiera al pueblo mexicano. Se protesta que se desea la dicha y la independencia de este hermoso país, bajo una administración estable y regular. Y se pretende conciliar todo esto con que la obra de la regeneración tenga efecto en presencia del ejército francés.

En lo que concierne á Almonte, se habla de la confianza que inspira su carácter, se encarga que se le siga tratando con las consideraciones que merece.

Declárase, sin embargo, que la responsabilidad de los agentes del gobierno imperial, no debe confundirse con la del propio Almonte, en los sucesos en que pueda ó sea llamado á tomar parte, dejándolo que por su propia voluntad, y con toda la independencia de sus convicciones, se dirija al patriotismo de sus conciudadanos, y solicite su cooperación.

Como una prueba de consecuencia, proclama Mr. Billault, que desde el primero hasta el último día, ora hable el ministro de negocios extranjeros, ora la palabra soberana del emperador, no ha habido la menor diferencia, la más leve desviación, observándose siempre el mismo objeto, siempre los mismos principios, siempre la misma voluntad.

Dos observaciones tenemos que hacer. La uniformidad de la política de la Francia no prueba su bondad. Para nosotros es inaceptable. Ni la reparación de agravios, ni las garantías de seguridad, la facultad para intervenir en nuestros negocios interiores. La supuesta libertad que se ofrece al pueblo para su regeneración, no es compatible con la presencia de las bayonetas de otra nación. Desconocemos además, en el extranjero, el derecho de derribar gobiernos establecidos, de venir á derramar

sangre, de tomar ciudades, de explorar la voluntad del pueblo. La intervención armada no puede presentarse con caracteres más marcados. La política imperial, Mr. Billault, es uniforme, pero mala.

Esta es nuestra primera observación. La segunda consiste en que esa política, uniforme en teoría, sufre en la práctica desviaciones terribles, ó por orden del mismo que la sostiene, ó por culpa de sus agentes, que no son emperos reprimidos ni separados. Así vemos que la responsabilidad de los plenipotenciarios y de los generales franceses se confunde con la del traidor Almonte: que juntos se batan con las tropas liberales francesas y traidores: que bajo el amparo de los invasores se establezca un llamado gobierno, que no habría subsistido un momento sin esa protección.

El orador se burla del sabio consejo dado por Favre, de tratar con México y retirarse. Repite que tratar de nada sirve, por no cumplir México los tratados que firma. Exclama que retirarse no es posible, cuando la sangre francesa ha corrido, cuando ha sido detenido el pabellón francés, cuando se han votado por aclamación los quince millones de francos que fueron pedidos, cuando todos los corazones franceses se indignarían con semejante cobardía, cuando los hijos de la Francia están aquí sufriendo oprimidos, cuando el pabellón nacional, que ha visto doblegarse ante él los mas gloriosos, y vencido las falanges más belicosas, y paseado sus victorias por la Europa entera, tendría que retirarse de México sin ninguna satisfacción militar, avergonzado y confuso.

México sabe cumplir los tratados que firma. Lo hemos probado ya con datos irrecusables, que sería excusado repetir. Supongamos, no obstante, que no cumple: nada entonces conseguía la Francia con un nuevo gobierno, que será tan informal como todos los demás que se han sucedido en el largo espacio de treinta años.

Pero si mala es esta razón, peor es la otra, que no reconoce otro origen que la vanidad ofendida, el amor propio moralmente herido. Ella equivale á decir que, aun cuando la guerra fuera á los ojos del mismo gobierno imperial lo que es á los nuestros, atentatoria, injustificable, habría que seguirla á pesar de eso, por haber sido los franceses derrotados en Puebla, y derrotados por tropas mexicanas. Ante el orgullo nacional de la Francia vale esto mucho, muchísimo, de la propia suerte que ante la razón no vale nada.

El órgano imperial insiste en sus observaciones. Dice que entre dos naciones, de las que una es deudora y la otra acreedora, cuando la deudora se ha negado á pagar y ha violado injuriosamente todas las obligaciones, no hay entre ellas ya para hacer respetar el derecho, mas que Dios y la fuerza. Teme que si el gobierno francés sigue usando de la paciencia que no le ha permitido anonadarnos, todos los franceses residentes en las Indias Occidentales no tendrían mas recurso que evacuar este emisferio, abandonando su fortuna, sus intereses, su orgullo nacional, y huyendo con su pabellón; impotente ya en lo futuro para protegerlos.

Conformes estamos con la teoría de las dos naciones acreedora y deudora, con solo las taxativas de negar que hayamos dejado de pagar y violado todas nuestras obligaciones, y de que el uso de la fuerza se limite á hacer efectivo el pago.

El temor de la suerte que corrieran los franceses en las Indias, como se llama todavía á los pueblos hispano-americanos, es infundado de todo punto. Los ingleses y españoles, cuyos gobiernos han seguido el consejo dado á la Francia, no solo continúan viviendo con las mismas garantías que ántes, sino que son mejor vistos.

El orador acaba pidiendo, que no se dude de la legitimidad de la guerra: que se proclame justa y necesaria: que los soldados franceses sepan que los acompaña la ardiente simpatía de su país, y que la nación entera está detras de ellos: que sepan también que el pabellón en torno del cual derraman su sangre, es y no cesará de ser nunca, el pabellón del derecho, de la justicia, de la civilización y de la libertad.

La legitimidad de la guerra, su justicia, su necesidad, no ha podido probarse á pesar de los desesperados esfuerzos que se han hecho con tal objeto. Que la Francia sienta simpatía por sus soldados, nos parece muy puesto en razón. No así el pabellón, que no representa en la cuestión mexicana nada de lo que se dice.

Hábil en verdad es el discurso que hemos refutado. A los que no estén al tanto de la exactitud de los hechos, á los que no profundicen las cuestiones, deberá impresionarlos una peroración diestra, metódica, bien combinada. Por fortuna, Dios no permite que las malas causas triunfen en el tribunal de la razón, ante el que las presenta descarnadas, deformes el escarpelo del análisis. Tal es el caso de la cuestión mexicana. Las sombras del porvenir ocultan todavía el éxito, feliz ó desgraciado